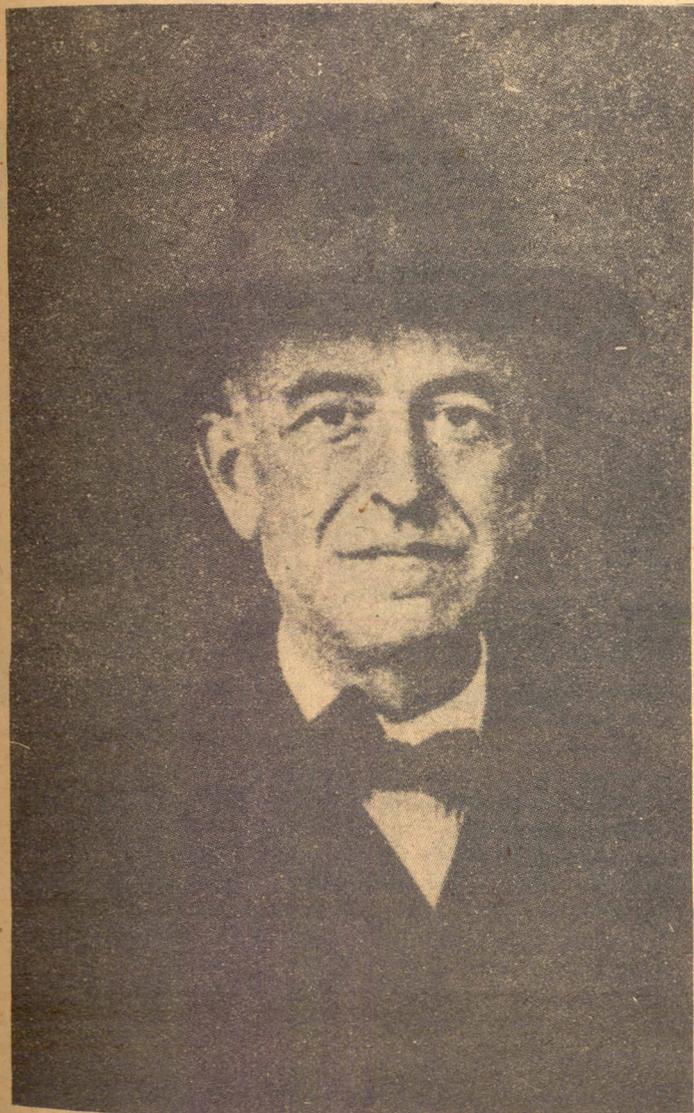


¿QUIÉN FUÉ MANUEL DE FALLA?



en mi primera vocación la duda estuvo siempre ausente..." Su primera vocación había sido la literatura.

EN Cádiz vive un buen señor, comerciante, que toca el violoncelo. Su diletantismo es tan entusiasta como ingenuo. Se llama Viniegra. Oye al joven Falla y piensa: "Quizá tengamos aquí una gloria local". Cuando oye que el pianista se marcha a Madrid, le entrega una carta de recomendación para Felipe Pedrell. El maestro vive en un modesto piso entre-suelo de la calle de San Quintín.

Está resentido y triste. Rechaza al joven acremente: "¡No quiero más alumnos!" Falla le muestra su entusiasmo. El autor de "Los Pirineos" sonríe finalmente: "Bueno, me ha conmovido". Años después Falla escribirá "Por mi parte, afirmo que es a las lecciones de Pedrell y al potente estímulo ejercido sobre mí por sus obras a lo que debo mi dirección artística..."

EL el verano de 1907, Manuel de Falla recibe un regalo familiar: un pasaje para el balneario de Vichy. Naturalmente va a París. Pedrell le ha enseñado mucho, y sus fracasos como compositor de zarzuelas —"Amores de Inés", "La casa de tócame Roque"— por lo menos otro tanto.

Sin embargo, aun queda mucho por descubrir. Ejemplo: ¿qué es exactamente la sabiduría de la Morilla en la música original? El hombre

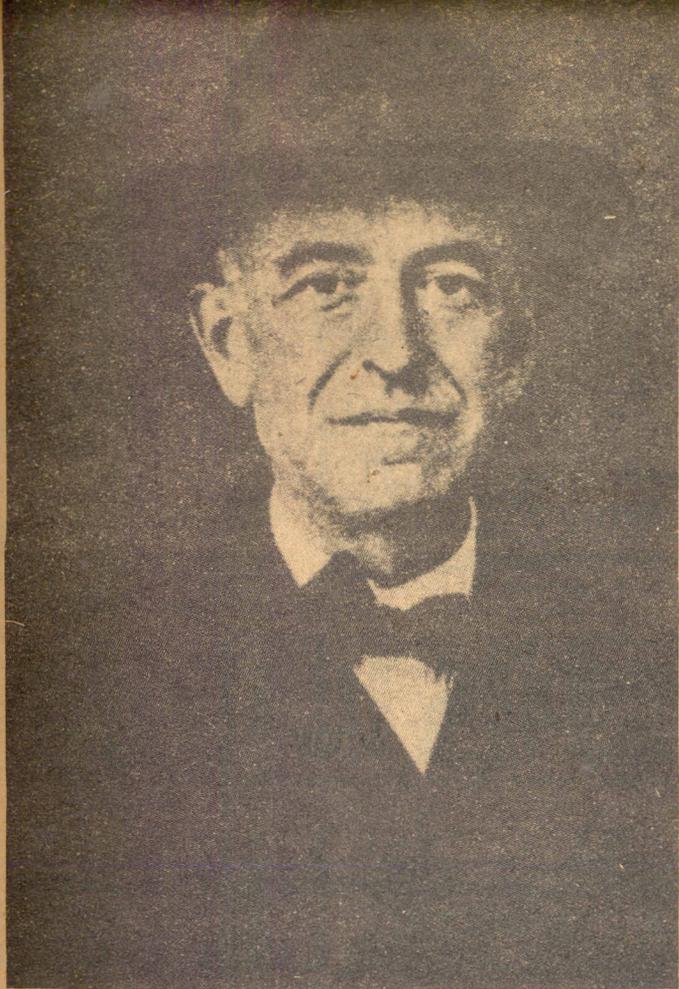
EL amor brujo" nace así: Pastora Imperio se acerca a Manuel de Falla en 1915, esto es, cuando acaba de regresar de París.

—Usted tiene que basarme a mí una danza...

Falla ha pensado componer una comedia de brujerías para los Ballets rusos. La madre de Pastora es gitana, gitana de veras, y conoce toda la poesía de las historias de aparecidos. Falla la escucha. Es la única vez que compone rápidamente, febrilmente.

LA música —escribe una vez— es el medio que Dios me ha dado de hacerme útil a mis semejantes". Y Roland Manuel, el musicógrafo francés, que ha escrito un magnífico ensayo sobre el creador de "El sombrero de tres picos" (versión castellana de Vicente Sañas Viu, editada por Losada, Bs. As.), recuerda una frase de Teresa de Jesús que, en el fondo, implica igual actitud: "Todo es necesario para soportar la vida". Don Manuel, en efecto, hablaba de su música y, en general, del arte, con esta sencillez casi desdeñosa. Y en ese punto antiesteticista, tan español, por otra parte, es donde se aparta radicalmente de lo que han significado y sido todos los Debussy.

TEMIA al mar. Esta era su única superstición, casi gitana. Y odiaba la música recogida mecánicamente o transmitida por las ondas de la radiotelefonía. No se



MANUEL DE FALLA

EL abuelo tocaba piezas italianas en el armonio, que adornaba con cierto humilde recogimiento un ángulo de la sala. Pero la música habitaba la cocina. La Morilla, criada de la familia, había nacido en Ronda, y sabía el canto jondo. El pequeño Manuel leía a su lado "El Quijote". A los nueve años montó un teatro de marionetas, en el que aparecía el aventurero manchego. En este primer encuentro con el hidalgo nacía el futuro "Estable de marionetas".

UNA tarde fué a oír por vez primera un concierto. El lugar era una sala del Museo de Cádiz; los héroes, Beethoven y Grieg. Allí ocurre la revelación, en cierto modo semejante a la de Claudel en una iglesia de París.

"Esta vocación se ha hecho tan fuerte —escribe—, que, incluso, tengo miedo. Las ilusiones que despiertan en mí están muy por encima de lo que me creo capaz de hacer." Y concluye: "Cosa curiosa"

lonceño. Su diatantismo es tan entusiasta como ingenuo. Se llama Viniegra. Oye al joven Falla y piensa: "Quizá tengamos aquí una gloria local". Cuando oye que el pianista se marcha a Madrid, le entrega una carta de recomendación para Felipe Pedrell. El maestro vive en un modesto piso entre-suelo de la calle de San Quintín.

Está resentido y triste. Rechaza al joven acremente: "¡No quiero más alumnos!" Falla le muestra su entusiasmo. El autor de "Los Pirineos" sonríe finalmente: "Bueno, me ha conmovido". Años después Falla escribirá "Por mi parte, afirmo que es a las lecciones de Pedrell y al potente estímulo ejercido sobre mí por sus obras a lo que debo mi dirección artística..."

EL el verano de 1907, Manuel de Falla recibe un regalo familiar: un pasaje para el balneario de Vichy. Naturalmente va a París. Pedrell le ha enseñado mucho, y sus fracasos como compositor de zarzuelas —"Amores de Inés", "La casa de tócame Roque"— por lo menos otro tanto.

Sin embargo, aun queda mucho por descubrir. Ejemplo: ¿qué es exactamente la sabiduría de la Morilla en la música original? El hombre que le revela este secreto se llama Claudio Debussy. Lo conoce en París, al mismo tiempo que Paul Dukas, a sus compatriotas Isaac Albéniz y Ricardo Viñes y a Mauricio Ravel. Dukas lee "La vida breve", el drama lírico premiado por la Academia de Bellas Artes de Madrid, pero que no ha querido estrenar el Teatro Real. Le gusta.

"¿Por qué no se va a interpretar su música en la Opera Cómica?", le dice el autor de "Pelléas". La primera entrevista con Debussy es muy difícil. Falla es serio y poco locuaz, y el francés, irónico. Con todo, se comprenden. No es menester saber de qué hablaron. Basta oír "Noche en los jardines de España", que el gaditano empieza a componer en París en 1909.

comedia de brujerías para los Ballets rusos. La madre de Pastora es gitana, gitana de veras, y conoce toda la poesía de las historias de aparecidos. Falla la escucha. Es la única vez que compone rápidamente, febrilmente.

LA música —escribe una vez— es el medio que Dios me ha dado de hacerme útil a mis semejantes". Y Roland Manuel, el musicógrafo francés, que ha escrito un magnífico ensayo sobre el creador de "El sombrero de tres picos" (versión castellana de Vicente Salas Viu, editada por Losada, Bs. As.), recuerda una frase de Teresa de Jesús que, en el fondo, implica igual actitud: "Todo es necesario para soportar la vida". Don Manuel, en efecto, hablaba de su música y, en general, del arte, con esta sencillez casi desdeñosa. Y en ese punto antiesteticista, tan español, por otra parte, es donde se aparta radicalmente de lo que han significado y sido todos los Debussy.

TEMIA al mar. Esta era su única superstición, casi gitana. Y odiaba la música recogida mecánicamente o transmitida por las ondas de la radiotelefonía. No oía ninguna música, pero la leía todo. Durante uno de sus viajes, al interpretar una mañana lo que había escrito la tarde anterior, descubrió, con sorpresa, varias frases de música sincopada que, naturalmente, le eran ajenas. Las había escrito maquinalmente, oyendo un fox que sonaba en un piano próximo.

GARCIA Lorca, Picasso Gutiérrez Solana, eran amigos suyos. La muerte del poeta granadino lo afectó sensiblemente. Amaba a España, y por eso quería vivir lejos de sus trágicas pasiones íntimas. Ha muerto en la Argentina, donde él quería que se oyera por primera vez su "Atlántida".